

Tema 6. Fe y cultura.
“Examinadlo todo y quedaos con lo bueno” 1Tes 5,21

Objetivo: Tomar conciencia de que, desde nuestra fe y cada uno según sus posibilidades, debemos participar activamente en construir la cultura que nos rodea, para que sea un vehículo que lleve al hombre a ser verdadera y plenamente humano, ordenándolo todo hacia Dios Padre, belleza infinita.

Introducción

La sociedad en la que vivimos, a pesar de la crisis actual, ha hecho posible que, en un principio, todos tengamos acceso a la cultura. Cultura que abarca una formación y un cúmulo de conocimientos que deberían hacernos cada vez más capaces de tener unos criterios y unas ideas con las que podamos movernos en el mundo. A esto deberíamos añadir las costumbres y tradiciones que hemos adquirido y heredado de nuestros mayores y de la forma en la que se ha entendido el mundo en la sociedad concreta en la que cada uno vive. Pero, si a todo lo anterior no se le añade una fe que lo atraviese y lo impregne todo, el hombre actual, gracias a todos los logros de las artes y las ciencias, puede caer en la tentación de ver el progreso como un fin en sí mismo. Es más, puede colocarse él mismo como el fin último de toda actividad humana. Y en ese mismo instante estará perdido. Habrá apartado a Dios como verdadero fin de su existencia y se habrá colocado él en su lugar. Estaremos entonces ante el mayor de todos los errores del mundo actual.

Los cristianos debemos trabajar para conseguir que la cultura nos lleve a *“la perfección integral de la persona humana, al bien de la comunidad y de la sociedad humana entera. Por lo cual es preciso cultivar el espíritu de tal manera que se promueva la capacidad de admiración, de intuición, de contemplación y de formarse un juicio personal, así como el poder cultivar el sentido religioso, moral y social”* (GS 59). ¡Qué bellas palabras del Concilio! Y qué certeras como análisis de nuestra sociedad actual. Casi podríamos calificarlas de proféticas. Hoy en día, cuando el ser humano tiene a su alcance unos medios impensables hace apenas unos años, nuestros jóvenes (y los no tan jóvenes) han perdido su capacidad de admiración, contemplación, intuición... y sin estas capacidades el ser humano está cercenado y no es capaz de elaborar un juicio auténticamente personal.

A partir de ese momento, el hombre se convierte en un ser manipulable, mediocre y vulnerable y, a la postre, infeliz, aunque él crea que está gozando de una vida plena y llena de satisfacciones. No es así. Se está perdiendo la fuente infinita de gozo y belleza. De ahí que todos los cristianos tengamos un campo muy amplio de trabajo con respecto a la cultura. No importa cuál sea mi situación personal. Vivo inmerso en la sociedad y por ello, inmerso en una cultura concreta. Y partiendo de esta base, tengo que impregnarla del mensaje de salvación de Jesucristo. Cada uno debe analizar cuál es su situación y, partiendo de su lugar concreto, trabajar por que todos puedan conocer a Jesús. Es cierto que nuestra sociedad es cada vez más laicista y, en algunos casos, incluso abiertamente anticristiana. Pero no debemos arredrarnos. Debemos proponer nuestros criterios basados en la fe que tenemos en Jesucristo. Debemos ser capaces de rechazar aquello que atente contra nuestras creencias. No debemos ser cómplices de aquellos lugares (libros, programas de radio o televisión, páginas de internet, películas de cine, partidos políticos, etc.) que dañen nuestra forma de entender la vida, así como debemos apoyar los acontecimientos que sí estén en sintonía con nuestra propuesta vital. De esta forma estaremos construyendo la cultura de la vida, frente a la cultura de la muerte, que nos rodea en muchos casos. Este mensaje debe adecuarse a cada cultura y cada cultura a este mensaje. Es un equilibrio que se ha venido a llamar inculturación, con la que todos estamos llamados a colaborar.

Debemos luchar contra la mediocridad y “contribuir sobremanera a que la familia humana se eleve a los más altos pensamientos sobre la verdad, el bien y la belleza” (GS 57). Debe arder en nosotros el deseo “de no reducir los horizontes de la existencia a la mera materialidad, a una visión reductiva y banal” (Benedicto XVI, Discurso a los artistas, 21 noviembre 2009). Como decía Pablo VI en la clausura del Concilio, “este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, pone alegría en el corazón de los hombres”. Así pues, nuestro camino debe transcurrir hacia aquello que es verdadero reflejo del creador: la belleza. La auténtica belleza, dice Benedicto XVI, abre el corazón humano a la nostalgia, al deseo profundo de conocer, de amar, de salir hacia el otro, más allá de sí mismo. «La belleza puede convertirse en un camino hacia lo trascendente, hacia el misterio último, hacia Dios (...) por eso la belleza de las cosas creadas no puede saciar del todo y suscita esa arcana nostalgia de Dios que un enamorado de la belleza como san Agustín ha sabido interpretar de manera inigualable: “¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé!”».

Partiendo de la vida (ver)

1. Mostrar hechos de vida en los que muestre cómo me he dejado arrastrar por una moda pasajera y he aceptado como “normal” algo que fuera en contra de alguno de mis principios religiosos.
2. Presentar hechos de mi vida en los que haya participado activamente en alguna manifestación cultural (alguna revista, publicación, campaña de alguna organización, manifestación en la calle, promoción de alguna película, etc.) impregnada de los valores evangélicos y lo que este hecho supuso en mi vida.
3. Señalar hechos de vida que muestren mi interés por cultivar mi espíritu en consonancia con el evangelio, por ejemplo, siendo más exigente en la elección de mis lecturas, de los programas de TV que veo, del cine o teatro a los que voy; o por el contrario, que muestren cierta apatía o dejadez en este campo.
4. Exponer algún hecho de mi vida en que se vea de qué forma he contribuido a señalar y que se haga efectivo el derecho de todos a la cultura.

Iluminación desde la fe (juzgar)

A) Sagrada Escritura:

- El primero de los Salmos nos invita a seguir los caminos que marca el Señor.
- En el Libro Segundo de los Macabeos podemos ver cómo hay judíos que llegan al martirio por no tomar parte en una cultura contraria a Dios: 2Mac 6,1-11; 18-28.
- En Rom 16,25 o en Ef 3,5-8 el apóstol de los gentiles nos muestra cómo el Evangelio es noticia para todas las personas y culturas. Y nos habla en 1 Cor 1,17-25 de cómo la forma de comunicar esta Buena Nueva ha de adaptarse a quien la va a recibir.
- El mensaje de Cristo enriquece a los que lo hacen suyo Ef 1,10. En 1Tes 5,19-22 se nos invita a examinarlo todo desde los criterios de la fe y quedarnos con lo bueno. Los Salmos 103 y 104 nos hablan de la belleza de la creación, obra de Dios y en los salmos 33, 81, 95, 98 o 150 se nos muestra la música como vehículo idóneo para alabar a Dios.

B) Magisterio de la Iglesia:

- El derecho a la cultura es proclamado en la instrucción *Libertatis Conscientia* 92.
- De los documentos conciliares, sería imprescindible en este tema la lectura atenta y reposada del capítulo segundo de la *Gaudium et spes* o los números 15 y 22 del decreto *Ad gentes divinitus*.

- Algunos de los lugares donde Juan Pablo II habló de la inculturación son la RM 52-54, o en la CT 53 y 54, y también en la CA nº 50 y 51. Pío XII abordó este tema anteriormente en su *Evangelii praecones* capítulo 12.
- Pablo VI se hace eco de la sensibilidad hacia la cultura en su encíclica *Populorum Progressio* nº 40

Compromiso apostólico (actuar)

Como compromiso para este tema sería precioso iniciar o continuar un acercamiento al arte cristiano, contemplando las obras como arte, que lo son, pero fundamentalmente como vehículo privilegiado que nos remite directamente a Dios, por el camino de la belleza. Orar con el arte. Para ello recomendamos dos libritos de recopilaciones de cuadros referentes a dos momentos fundamentales de la Historia: la Anunciación y el Descendimiento, de la editorial Phaidon. Dejarse empapar por las imágenes y ver cómo, a lo largo del tiempo, los artistas han ido captando los diversos matices.

El tema de la inculturación nos ofrece un campo amplio para el compromiso. Podemos, por ejemplo, negarnos rotundamente a ver ciertos programas de T.V., visitar páginas web o asistir a espectáculos en los que se ensalza lo feo, lo desagradable o lo banal, y dar razón de nuestra opción. Por otra parte, estar atentos y elogiar cualquier manifestación cultural que, sin ser estrictamente religiosa, subraye valores como la verdad, la belleza, la bondad. También podríamos incluir en nuestra vida diaria símbolos religiosos que, con discreción, atestigüen la presencia de un cristiano, como por ejemplo, una cruz o una medalla al cuello; una cruz de mesa, en el caso de que seamos médicos, asesores, abogados...; en lugar de despedirnos con un “hasta luego”, hacerlo con un “adiós”, que etimológicamente significa “a Dios vayáis” o “con Dios quedad”.

Como compromiso de grupo, proponemos organizar una visita acompañados por alguien que nos pueda ilustrar, a ver, por ejemplo, los grecos del Prado o tantos cuadros de temática religiosa que hay en el mismo Museo del Prado o en el Thyssen.

A partir de la pregunta 461 del YOUCAT podemos reflexionar en grupo sobre el valor de la belleza en nuestra sociedad, o proponer este debate con amigos o en la parroquia.